

Presentación

Francisco Cobo Romero
Teresa M.^a Ortega López
Universidad de Granada

Como no podía ser de otra manera, las severas consecuencias provocadas por las sucesivas «crisis» —o, si se quiere, por las «progresivas manifestaciones de debilidad»—, que desde las décadas de 1970 y 1980 vienen afectando a los paradigmas interpretativos sobre los que se sustentó la Historia Social, han acabado contaminando inexorablemente a la mayor parte de la historiografía española más reciente. Los resultados más perceptibles de tal fenómeno han sido el renovado interés por los planteamientos teóricos y metodológicos incorporados por la denominada Nueva Historia Política y el incuestionable atractivo ejercido por los rupturistas y transgresores fundamentos teóricos exhibidos por la Historia Cultural y la Historia Post-social¹. Hasta tal punto las propuestas provenientes de estos últimos enfoques han hecho mella sobre la investigación histórica más próxima, que hoy puede afirmarse que ambos paradigmas constituyen un referente incontestable en el actual panorama historiográfico español.

Partiendo de estas premisas, nos proponemos examinar de manera monográfica *La extrema derecha en la España contemporánea*. El tratamiento de una temática de tanta trascendencia en la historia reciente de España se muta en insoslayable. Sobre todo si tenemos en cuenta, y por citar tan sólo algunos ejemplos, que nuevas y sugerentes

¹ CABRERA, M. Á.: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Cátedra-Universitat de Valencia, 2001, y *Postsocial History. An Introduction*, Lanham, Maryland, Oxford, Lexington Books, 2004.

perspectivas analíticas han precipitado la reinterpretación de cuestiones de tanto calado como los discursos del antifeminismo gestados por las culturas políticas reaccionarias y el catolicismo corporativista, el proceso de fascistización de las derechas antirrepublicanas del periodo de entreguerras, o el grado de impregnación que permitió que los imaginarios mitógenos del fascismo terminaran contaminando profundamente a los elementos simbólicos y míticos que revistieron al régimen franquista. Los avances registrados en el novedoso tratamiento de éstas y otras muchas cuestiones nos han permitido identificar de manera más nítida los componentes discursivos, lingüísticos y culturales con los que aparecieron envueltos los distintos movimientos políticos de extrema derecha conformados en nuestro país desde el advenimiento de la política de masas, hasta el final de la dictadura franquista. Quizá haya llegado la hora, pues, de hacer balance sobre el papel jugado por aquellos movimientos políticos en el convulso discurrir del siglo XX.

Con la intención de aprovechar el rico depósito de aportaciones innovadoras que se han ocupado de los discursos y los imaginarios interpretativos de la realidad desplegados por las culturas políticas de la extrema derecha, perseguimos ahondar en el perfeccionamiento y la adecuación de un prisma analítico que estimamos enormemente fértil. Dicho prisma interpretativo nos ayudará a entender mejor el modo en que los distintos grupos sociales, y los diferenciados protagonistas políticos, canalizaron su acción individual y colectiva de cara a la resolución de las múltiples adversidades, las renovadas propuestas o las incesantes contradicciones con las que tropezaron a lo largo del devenir histórico del pasado siglo XX. Hemos pretendido que los trabajos recopilados en el presente *dossier* desplegasen un intenso esfuerzo heurístico, para poner de manifiesto en qué circunstancias se gestó la aparición de las distintas culturas políticas y familias ideológicas que han engrosado el campo de la extrema derecha española a lo largo de la pasada centuria. En consecuencia, nos hemos propuesto llevar a cabo un abordaje novedoso del espectro de las derechas reaccionarias y antiliberales. Las distintas colaboraciones que integran el monográfico han procedido mediante el empleo, aun cuando con diferentes grados de intensidad, de perspectivas innovadoras, haciendo especial hincapié en el papel cumplido por los lenguajes y las culturas políticas en la construcción social y discursiva de la realidad. De esta manera hemos pretendido resaltar la importancia

decisiva que cumplieron las construcciones discursivas gestadas desde las culturas políticas de la extrema derecha española en la elaboración de determinados lenguajes interpretativos de la realidad y el «mundo circundante», de carácter legitimador, transformador o sencillamente movilizador. Con la vista puesta en tales objetivos, se ha tenido en cuenta que muchos de los citados lenguajes suscitaron la predisposición a la acción colectiva entre amplias capas de la población, insertas tanto en el heterogéneo conglomerado de los grupos sociales intermedios de ubicación rural o urbana, como, en menor medida, entre el vasto universo del proletariado, los asalariados agrícolas y las clases populares. Así pues, hemos conferido a los mencionados lenguajes un valor instrumental en la formación de identidades colectivas dotadas de impulso suficiente para la concitación de múltiples adhesiones individuales, casi siempre orientadas hacia la acción social, la protesta, la reacción frente a la democracia o la simple movilización. Uno de los ejes teóricos vertebrales sobre los que ha girado la confección de buena parte de los materiales que ahora presentamos a la luz pública, y a la futura discusión académica, ha consistido, en mayor o menor medida, en el señalamiento del decisivo papel jugado por los conceptos de *cultura política*, *lenguajes de movilización*, *identidades colectivas* o *marcos de referencia*. De suerte que los concebiríamos a todos ellos, en un sentido lato, a través de su particularizada caracterización como complejos agregados de interpretaciones simbólicas que poseen la capacidad de reconstruir la realidad de una manera representativa e imaginaria, imprimiéndole una facultad explicativa que permitiría a los individuos una mejor comprensión de su propia vivencia, así como una superior convicción en torno al carácter particularizado de sus decisiones, hasta comprometerlos en una acción conjunta conducida hacia la consecución de unos objetivos compartidos². Todo lo anterior nos conduce a tener muy presente que la subjetividad que regula el proceso de gestación de todo tipo de decisiones políticas individuales se encuentra asimismo reglamen-

² MELUCCI, A.: «Getting Involved: Identity and Mobilization in Social Movements», en KLANDERMANS, B.; KRIESI, H., y TARROW, S. (eds.): *From Structure to Action: Comparing Social Movements Across Cultures*, International Social Movements Research, vol. 1, Greenwich, Connecticut, JAI Press, 1988, pp. 329-348. Consulte asimismo GONZÁLEZ CALLEJA, E.: *La violencia en la política. Perspectivas teóricas sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de poder*, Madrid, CSIC, 2002, pp. 190 y ss., y 306-307.

tada por un complejo sistema de valores y percepciones culturales socialmente edificado. Los imaginarios sociales definen y ordenan el modo en que los actores perciben, codifican e interpretan la realidad que les rodea, dando así sentido a la propia experimentación de sus vivencias y permitiéndoles la comprensión personalizada de «su mundo». Todo ello adquiere, pues, una especial significación si aceptamos la premisa de que los actores, particulares y colectivos, ejecutan sus propias decisiones profusamente mediatizados por un denso entramado de percepciones culturales y recreaciones mentales altamente idealizadas, que en cada caso adopta una específica formulación lingüística y conceptual³.

Las poderosas influencias que todas estas herramientas hermenéuticas han ejercido sobre las conceptualizaciones gestadas en la definición de las culturas y los lenguajes políticos se han dejado sentir, más hondamente de lo esperado, en el panorama historiográfico reciente. Ante todo, ha sido constatada la imperiosa necesidad de prestar una mayor atención a todo lo relacionado con los aspectos de carácter cultural, concebidos como integrantes de una especie de instancia mediadora, o *imaginario social*, decisivo en la configuración de las identidades colectivas vinculadas a los procesos de revolución o cambio, o al sostenimiento de determinados postulados programáticos de naturaleza esencialmente conservadora, extremista o reaccionaria⁴. Las significaciones y las teorizaciones emanadas del concepto seminal de las *identidades colectivas* han logrado introducir una decisiva variante en la jerarquización de las múltiples explicaciones que

³ CABRERA, M. Á.: *Historia, lenguaje...*, op. cit., pp. 47-51; y «La crisis de la historia social y el surgimiento de una historia Postsocial», *Ayer*, 51 (2003), pp. 201-224, esp. 210-212; JOYCE, P.: «The End of Social History?», en JENKINS, K., (ed.): *The Post-modern History Reader*, Londres-Nueva York, Routledge, 1998, pp. 342-365, esp. 350-359; SPIEGEL, G. M.: «La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico», *Ayer*, 62 (2006), pp. 19-50, véanse las pp. 24-27; RECKWITZ, A.: «Toward a Theory of Social Practices. A development in culturalist theorizing», en SPIEGEL, G. M. (ed.): *Practicing History. New Directions in Historical Writing after the Linguistic Turn*, Londres-Nueva York, Routledge, 2005, pp. 249-252; SEWELL, W. H. JR.: «The Concept(s) of Culture», en BONNELL, V. E., y HUNT, L. (eds.): *Beyond the cultural turn. New directions in the study of society and culture*, Berkeley, University of California Press, 1999, pp. 35-61.

⁴ MELUCCI, A.: «The Process of Collective Identity», en JOHNSTON, H., y KLANDERMANS, B. (eds.): *Social Movements and Culture*, Londres-Nueva York, Routledge, 2003, pp. 41-63.

trataban de desentrañar los móviles y los resortes de funcionamiento interno, exhibidos tanto por los movimientos cívicos como por las culturas políticas que condujeron y modelaron la acción colectiva. Tales teorizaciones se encuentran inmersas en la vorágine de rupturas conceptuales empeñadas en el arrinconamiento de las tradiciones exegéticas más desgastadas. Muchas de ellas han fluido desde la emergencia de nuevas sensibilidades hermenéuticas, impulsadas por las secuelas contaminantes del denominado «giro lingüístico», y el efecto trasgresor del universo de percepciones postsociales que impregnaron la gnoseología de los comportamientos colectivos, de la movilización social y del papel conductor ejercido por las culturas y los lenguajes políticos. Para la teoría de las identidades colectivas, los componentes identitarios que confieren significación a los actores que forman parte de los movimientos sociales, o responden a las sensibilidades destiladas por las culturas políticas en pugna, son el resultado de un interminable proceso social de edificación, negociación, transformación, remodelación y disolución. En medio de este proceso, las culturas políticas se autodefinen y cobran sentido a través de la creación discursiva de representaciones mentales y simbólicas, o mediante la formulación de construcciones culturales, lingüísticas y significativas que permiten conferir sentido e inteligibilidad a la realidad y al mundo que las envuelve. Esas mismas representaciones se erigen en las herramientas definitorias de sus principales objetivos, y en los instrumentos de autoidentificación que las convierten en vehículos aprehensibles y reconocibles, dispuestos a hacer efectiva la canalización de las múltiples aspiraciones individuales o sociales de cuantos se sienten copartícipes en su seno. Tales representaciones, que podrían concebirse como las etiquetas cognitivas y los signos de percepción que hacen posible la aprehensión inteligible de la funcionalidad desempeñada por cada movimiento social o por cada cultura política, se alzan como elementos reguladores y protocolarios de los fenómenos de adhesión e identificación de los individuos con los principios y postulados sostenidos por aquéllas. Podría afirmarse, por consiguiente, que los movimientos sociales y las culturas políticas «fabrican» identidades colectivas, y que estas últimas son el resultado delineado, trazado y modelado de los rasgos de autorrepresentación con los que los individuos que integran esos movimientos o esas culturas dotan de sentido a su adscripción a los mismos, y experimentan conscientemente la mayor o menor idoneidad de sus axiomas

programáticos⁵. Los movimientos sociales o las culturas políticas, pues, únicamente perviven en la medida en que las identidades que los definen, y que confieren una interpretación significativa y satisfactoria a la vivencia de quienes los sustentan, se erigen en agencias de representación, que hacen posible la común defensa de un sistema de valores y de imaginario compartido y colectivamente edificado. Dicho de otro modo, las culturas políticas o los movimientos sociales son protagonistas únicos en el proceso de gestación de identidades colectivas, hasta el extremo de otorgar pleno sentido a las decisiones de todos los que comparten su sistema de valores, dotando así de significación y trascendencia a su peculiar y única adopción de resoluciones, asunción de objetivos y planteamiento de acciones⁶.

En una dirección paralela a la transitada por los historiadores postsociales, los teóricos de la acción social han venido desarrollando el concepto crucial de los *marcos de referencia*, para explicar los mecanismos que conducen a los colectivos —o a los individuos— hacia una asunción consciente de las representaciones interpretativas de la realidad ofrecidas por las culturas políticas o los movimientos sociales en liza. En este esfuerzo intelectual, el término «marcos» designaría los elementos básicos que actúan en la construcción simbólica e interpretativa del mundo y la experiencia llevada a efecto por los movimientos y las culturas políticas. A su vez, la expresión «análisis de marcos» se convertiría en esencial para la comprensión y el desenraizamiento de los modos con que los movimientos y las culturas políticas manipulan y gestionan una particularizada visión representativa de la realidad, hasta convertirla en una fórmula operativa y movilizadora que dota de sentido e inteligibilidad a la experiencia vivencial de cuantos deciden adherirse a esos mismos movimientos y culturas. A través del refinamiento de los principios teóricos expuestos desde la década de los setenta del pasado siglo XX, los «marcos de acción colectiva» serían concebidos como el «conjunto de creencias y significados orientados a la acción que inspiran y legitiman las actividades y campañas de los movimientos sociales, dan sentido al mundo social de los participantes en ellos y les ayudan a conformar sus pro-

⁵ POLLETTA, F., y JASPER, J. M.: «Collective Identity and Social Movements», *Annual Review of Sociology*, 27 (2001), pp. 283-306, véanse especialmente las pp. 288-289 y 298-300.

⁶ Cf. MELUCCI, A.: «The Process of...», *op. cit.*, y *Challenging codes. Collective action in the information age*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 68-73.

pías identidades personales y colectivas»⁷. De esta forma, los marcos de referencia que se ocupan de ubicar en un contexto específico la acción colectiva desplegada por los movimientos sociales y las culturas políticas se tornan en un utensilio esencial. Pues actúan como los filtros de encuadramiento y significación que permiten a unos y a otras (a los movimientos y a las culturas políticas), así como a sus integrantes y adherentes, la articulación de un esquema interpretativo de la realidad que simplifica y condensa el mundo exterior. Mediante el uso de tales «marcos referenciales», los movimientos sociales y las culturas políticas posibilitan la aprehensión de toda una vasta gama de construcciones discursivas, simbólicas, lingüísticas, idealizadas y ritualizadas, que ayudan a señalar, a dotar de significación y a codificar los objetos, situaciones, acontecimientos o experiencias que se han producido en el entorno presente o pasado de cada individuo participante y protagonista.

Muy próximas a todo este rosario de argumentaciones se encuentran las nuevas conceptualizaciones, y las más recientes aproximaciones teóricas, al concepto de *cultura política*. Desde la superación de los enfoques del funcionalismo estructural fuertemente influidos por el pensamiento *parsoniano*⁸, se han alcanzado logros teóricos auténticamente renovadores en este campo. Los fertilísimos alcances interpretativos y conceptuales encargados de configurar los marcos de referencia como «catalizadores» de la acción colectiva, han cumplido un papel esencial en nuestras más recientes visiones sobre el funcionamiento de los lenguajes y las culturas políticas. De acuerdo con las más recientes aproximaciones al esfuerzo comprensivo por desentrañar la importancia de las culturas políticas en el plano de la movilización social, baste señalar que estas últimas comienzan a entenderse como el agregado, sistematizado e internamente estructurado, de representaciones simbólicas, construcciones lingüísticas y metanarraciones discursivas que permiten a un determinado movimiento social efectuar una lectura interpretativa de la realidad circundante. Esta particular lectura interpretativa alumbrada por las culturas políticas

⁷ Cf. GONZÁLEZ CALLEJA, E.: *La violencia en la política...*, *op. cit.*, pp. 194-195; también GAMSON, W.: *Talking Politics*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 1992.

⁸ Cf. ALMOND, G. A., y VERBA, S.: *The civic culture. Political attitudes and democracy in five nations, an analytic study*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1963.

trata de representar figuradamente la realidad y el mundo, recurriendo al empleo reiterado de alegorías sustentadas en una simplificada dualización de sus principales agentes y protagonistas. Esto último permite a la cultura política en cuestión la adecuada categorización de los elementos identitarios que conforman la propia naturaleza identificativa de sus partícipes, quienes se autodenominan con un «*nosotros*», generalmente indispuerto o enfrentado a un «*ellos*». De igual manera, debemos afirmar que las construcciones discursivas y las metanarraciones a las que hemos aludido anteriormente, y que deben ser entendidas como el alma que insufla la verdadera naturaleza identitaria a un movimiento social revestido de una específica cultura política, encierran asimismo toda una panoplia de visiones omnicomprendivas y de simbolizaciones de un mundo y una sociedad absolutos y utópicos, extraída mediante el recurso a categorizaciones, conceptualizaciones y representaciones significativas con una elevada carga simbólica y alegórica⁹.

El empleo de buena parte de las premisas descritas en el estudio de la extrema derecha española del siglo XX ha sido, por consiguiente, el propósito vertebral que ha inspirado el *dossier* que ahora presentamos, y que a partir de este instante el lector tendrá oportunidad de conocer y juzgar.

Pedro Carlos González Cuevas, especialista en el análisis del proceso de gestación del pensamiento nacionalista autoritario español, efectúa un largo recorrido por las diferentes manifestaciones adoptadas por la extrema derecha en el marco político e institucional del régimen de la Restauración. Partiendo de la constatación de la enorme fragmentación de la derecha antiliberal y de la hegemonía indiscutida ejercida sobre aquélla por el universo ideológico y las conceptualizaciones del catolicismo más conservador, el autor incide en la débil plasmación de los impulsos renovadores de la derecha antiliberal europea sobre la particular evolución de la derecha autoritaria española. La posición de neutralidad esgrimida por nuestro país durante la Gran Guerra diluyó, en el caso de esta última, los poderosos influjos ejercidos por la crisis postbélica, precipitando su fragmentación, así como la emergencia de regionalismos y localismos periféricos que la incapacitaron para gestar un movimiento unifica-

⁹ MIGUEL GONZÁLEZ, R.: *La Pasión Revolucionaria. Culturas políticas republicanas y movilización popular en la España del siglo XIX*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 42-46.

dor y hegemónico. Teresa María Ortega aborda la decisiva temática de las diferentes estrategias y teorizaciones gestadas desde la extrema derecha para hacer frente a los retos de la democratización, y a la ascendente presencia de las mujeres en la vida política y social de los Estados europeos de fines del siglo XIX y comienzos del XX. En su ensayo, señala cómo los avances experimentados por el movimiento feminista democrático y el sufragismo se fundieron con las manifestaciones de ansiedad, angustia vital e incertidumbre derivadas del derrumbe de los modelos jurídico-políticos, éticos y culturales sobre los que se había fundado la hegemonía burguesa del siglo XIX. Entre las amenazas padecidas e interiorizadas por las elites burguesas y las clases medias conservadoras, se encontraba el ascenso de un movimiento feminista que reclamaba la igualdad jurídica de los sexos y la concesión de plenos derechos democráticos a las mujeres. La reacción a esta oleada de feminismo consistió en la elaboración de múltiples discursos cargados de componentes acentuadamente misóginos, que ponían énfasis en el urgente regreso al modelo tradicional y patriarcal de familia burguesa, en la irremisible sumisión de la mujer al hombre y en la negación de toda capacidad jurídica al sexo femenino. Desde la sociología positivista, el darwinismo social, el vitalismo, el organicismo o las teorías biológicas sobre la desigualdad de los sexos, se fue trabando un espeso magma de concepciones antifeministas que posteriormente nutrió los postulados misóginos y androcéntricos del fascismo, el catolicismo conservador, el tradicionalismo, la extrema derecha antiliberal o el nacionalismo reaccionario. Sin embargo, este peso de formulaciones antifeministas común a la derecha reaccionaria española de los años treinta del pasado siglo XX no fue obstáculo para que esa misma derecha estimase oportuna la movilización política de la mujer, en aras de la auténtica consecución de una sociedad jerarquizada, sexista, ultracatólica y profundamente desigualitaria.

Eduardo González Calleja desentraña, en su artículo, las limitaciones del proceso de fascistización experimentado por las distintas corrientes de la extrema derecha española durante el decisivo periodo de la Segunda República. En la persecución de tal fin, emplea una extensa panoplia de instrumentos teóricos y útiles interpretativos realmente novedosos, que lo facultan para resaltar la importancia de los lenguajes y las culturas políticas en liza en medio del crisol de la política de masas desplegada en casi toda Europa tras la Gran Gue-

rra. Pese a admitir cómo casi todo el extenso conjunto de la extrema derecha se sintió más o menos seducido por las tácticas políticas, el amplio despliegue de símbolos y ritos, y la eficacia seductora de algunos componentes teóricos del fascismo —tales como su nacionalismo extremo, su totalitarismo, su anti materialismo o su anticomunismo—, el autor niega que pueda ser constatada una auténtica fascistización entre la derecha antiparlamentaria española de los años treinta. Concluye, por consiguiente, que la ausencia de un proyecto contrarrevolucionario «propio y coherente» dejó en última instancia a aquélla en manos de la superior capacidad resolutive del Ejército.

Francisco Cobo afronta la siempre escurridiza e ingrata temática de los componentes míticos y simbólicos del régimen franquista. Para dar cumplimiento a tal propósito, desentraña el papel desempeñado por todos aquellos componentes en la búsqueda de legitimidad perseguida por el «Nuevo Estado», y les atribuye un protagonismo de primera magnitud en la forja de una atmósfera emotiva, propiciatoria del consentimiento o la adhesión entre extensos colectivos sociales. Partiendo de la constatación del intenso grado de seducción experimentado por las derechas reaccionarias y antirrepublicanas españolas ante el fascismo de cuño italiano, su artículo esboza la hipótesis de la profundidad con la que algunas de las recreaciones simbólicas y míticas del fascismo acabaron contaminando la ideología y los discursos legitimadores del «Nuevo Estado» franquista. En medio de este contexto, el régimen franquista y la coalición reaccionaria que lo sustentó, al igual que otros regímenes europeos más o menos intensamente fascistizados de los años veinte y treinta del pasado siglo XX, incorporó buena parte de los estilos, las formas de vivencia exaltada y emotiva de la política, las manifestaciones del liderazgo carismático o las diversas sacralizaciones de la Nación y el Estado, propias del imaginario mitógeno fascista.

En su novedosa y sugerente aportación, Ismael Saz emplea los útiles interpretativos de los lenguajes y las culturas políticas. Con tales utensilios, efectúa un recorrido por la espesa sedimentación de discursos y tradiciones ideológicas de la que emergieron los soportes esenciales de lo que él denomina «nacionalismos antiliberales españoles». Para Saz, los mencionados soportes sustentarían la gestación de las precondiciones necesarias para el posterior e hipotético alumbramiento de un nacionalismo antiliberal-postliberal, como el encarado por el propio fascismo. En el magma de amenazas y desafíos

desatados por el régimen de la Segunda República, las culturas políticas del nacionalcatolicismo y la del ultranacionalismo fascista de la Falange emergerían como los flujos primordiales de los que se nutriría el nacionalismo antiliberal español que posteriormente anidase en el régimen de Franco. La fallida fusión de ambas culturas ensayada por la dictadura franquista permitió que se mantuviesen a la greña, sin que ninguna de ellas lograra afirmar su indiscutida hegemonía sobre la otra. Concluye el autor señalando que, en consonancia con lo acontecido en otras muchas manifestaciones del nacionalismo reaccionario de la Europa de entreguerras, fue en el seno del régimen franquista donde de manera más perceptible confluyeron e interactuaron «los dos principales referentes de los nacionalismos antiliberales europeos de la primera mitad del siglo XX, el del nacionalismo reaccionario y el fascista».

Por último, el estudio de Ferrán Gallego se adentra en las fracturas experimentadas por la extrema derecha franquista en las postrimerías del régimen dictatorial, y en el decisivo periodo de profunda movilización social que se desencadenó tras la muerte del general Franco. El autor defiende la asunción de nuevas perspectivas hermenéuticas. Y lo hace con el fin primordial de ceñir bajo el escurridizo epígrafe del extremismo de derechas postfranquista a aquellas culturas políticas y personalidades de la etapa final de la dictadura comprometidas con una salida al régimen firmemente aperturista, aún cuando asfixiantemente conducida desde el liderazgo y el exhaustivo control de la elite dirigente. Mediante el empleo de conceptos y útiles analíticos extraídos de la sociología política, el análisis electoral y la nueva historia política, el autor desgana las causas del estrepitoso fracaso experimentado por los sectores más inmovilistas de la extrema derecha postfranquista. Atribuye parte de la culpabilidad del referido fenómeno a la incapacidad de aquellos mismos sectores para suscitar la adhesión de determinados colectivos sociales, confundidos o temerosos ante el cambio político que se avecinaba. Y concluye señalando cómo una de las causas de la irrisoria presencia electoral del sector inmovilista se debió a su tozuda insistencia en la invocación de elementos identitarios fuertemente anclados en una idealizada evocación de la Guerra Civil.

Las palabras finales de esta presentación van dedicadas, en primer lugar, a hacer constar el reconocimiento y la gratitud que los editores desean manifestar hacia la profesora M.^a Cruz Romeo, por su infinita

paciencia y su inconmensurable profesionalidad, sin cuyo concurso no habría sido posible que los artículos que conforman este monográfico viesen finalmente la luz pública, y, en segundo lugar, a la encomiable labor de los evaluadores anónimos, cuyas sugerencias y sutiles observaciones contribuyeron a elevar considerablemente la calidad final de los trabajos publicados. Por nuestra parte sólo resta confiar en que las ideas aquí defendidas suministren los imprescindibles estímulos para un sano y provechoso debate intelectual y académico.